

EL SECRETO DE UN REY VISIGODO

En los tiempos en que los caminos eran de tierra y polvo, y las noticias viajaban más despacio que el viento, hubo en Castilla; granero de España, donde el cielo parecía apoyar sus manos sobre los trigales, una villa llamada Venta de Baños. El origen del nombre es debido a una antigua posada ubicada en el Camino Real de Burgos. Todo comenzó como tantas cosas en ese lugar, con el ferrocarril.

Aquella tarde de Abril, Héctor, un ingeniero de caminos de Madrid, había llegado para supervisar los estudios preliminares de una nueva línea de alta velocidad. Su oficina temporal era un vagón restaurado de los años cincuenta aparcado en un desvío muerto cerca de la antigua estación. Por las noches, entre planos e informes, el crujido del metal y el susurro del viento entre los vagones abandonados le producían una inquietud peculiar. No era miedo, sino la sensación de estar siendo observado por algo que dormitaba bajo la tierra.

Su curiosidad lo llevó a indagar en la historia local. En el bar de la estación, un viejo ferroviario jubilado, Tío Pepe, le habló entre sorbos de vino tinto, de Recesvinto, el rey visigodo. «Dicen que murió por aquí, en el 672». Un rey poderoso, trajo reliquias, construyó... pero también tuvo sus secretos. Su tesoro nunca apareció, ¿sabes? Ni oro ni joyas, sino algo más valioso para un rey. Un lignum crucis, un fragmento de la Vera Cruz, que trajo de Toledo. Lo enterró para protegerlo de las luchas internas. La leyenda dice que lo ocultó donde el águila de piedra mira al sol poniente y el camino de hierro cruza el camino de Dios».

Héctor tomó la leyenda como un colorido folclore. Hasta que, revisando unos planos topográficos antiguos para el trazado del nuevo AVE, descubrió una anomalía. Justo en el perímetro donde se proyectaba un nuevo viaducto, las lecturas del suelo mostraban una cavación irregular, no natural, a varios metros de profundidad. La zona coincidía con el trazado del ferrocarril antiguo, el que llegaba a la estación de Venta de Baños, y estaba alineada con la orientación de la iglesia de San Juan Bautista, cuyos cimientos, supo después, eran visigodos.

La investigación se convirtió en una obsesión. Héctor empezó a notar cosas extrañas. Su equipo de medición láser fallaba sistemáticamente en ese punto. Las fotografías aéreas mostraban, solo bajo un filtro espectral específico, una tenue marca rectangular bajo la

tierra.

Y una noche, mientras trabajaba tarde, escuchó claramente, no el silbido del viento, sino un rumor metálico y grave, como el de un tren pesado avanzando por una vía inexistente, que se desvanecía justo en la coordenada de la anomalía.

Decidió investigar por su cuenta, sin informar a la empresa. Armado con una linterna y una sonda manual, se adentró al anochecer por la vía muerta. La luna llena bañaba los raíles oxidados de plata líquida. Siguió las indicaciones de la vieja leyenda: «donde el águila de piedra mira al sol poniente». Recordó entonces el escudo heráldico de Venta de Baños, que había visto en el ayuntamiento: un águila. Consultando un mapa antiguo en su teléfono, trazó una línea desde la iglesia “el camino de Dios” hasta la antigua estación “el camino de hierro”. El punto de intersección caía justo en un pequeño montículo cubierto de maleza, entre dos vías abandonadas.

Al acercarse, el aire se enfrió varios grados. No había brisa. El silencio era absoluto, opresivo. Con la sonda, confirmó que bajo sus pies había un vacío. Raspó la tierra con una herramienta hasta encontrar, no tierra suelta, sino losas planas de piedra tallada. Con un esfuerzo sobrehumano, logró mover una. Debajo, oscuridad y una escalera estrecha que descendía a la negrura.

Lo que encontró en la pequeña cámara subterránea no era un tesoro de monedas. En el centro, sobre un pedestal de piedra cubierto de polvo de siglos, había un relicario de plata y ébano, muy sencillo, casi austero. A través del cristal de roca empañado, se distinguía un fragmento de madera oscura, unido por un fino hilo de oro. El lignum crucis. Pero no estaba solo. A los lados del relicario, dispuestos con una precisión geométrica, había varios objetos: una espada visigoda de hoja corta, su empuñadura de hierro corroída; un pequeño cofre de plomo con sellos ilegibles; y, lo más inquietante, una serie de piedras planas con inscripciones en latín que parecían menos una dedicatoria y más una advertencia.

Héctor alargó la mano para tocar el relicario. En el mismo instante, un estruendo ensordecedor llenó la cámara. No venía de arriba, sino de las paredes, como si la tierra misma gimiera. Las inscripciones de las piedras parecieron brillar con una luz tenue y fría. Y entonces, escuchó de nuevo el sonido del tren, pero ahora no era un rumor

lejano. Era el fragor de una locomotora a toda velocidad, acercándose, surgiendo de las

profundidades del tiempo, dirigida directamente hacia él. No era un tren de metal y vapor, sino una aparición, un fantasma de hierro y fuego que guardaba el secreto.

Retiró la mano bruscamente. El estruendo cesó de inmediato, convertido en un susurro que se desvanecía en la distancia. La cámara volvió a su silencio sepulcral. Héctor comprendió entonces la verdadera naturaleza del «tesoro» de Recesvinto. No era un objeto para ser encontrado, sino un guardián para ser mantenido. El rey visigodo no había escondido la reliquia para protegerla de los hombres, sino que había utilizado su poder, o la creencia en él, para sellar algo. Y el ferrocarril antiguo, con su ritmo de acero y su paso constante, era la cerradura moderna de ese sello. Su nueva línea de alta velocidad, al alterar las vibraciones de la tierra, estaba a punto de romperlo.

Héctor salió de la cámara, cubrió la losa con tierra y maleza.

Al día siguiente, presentó un informe técnico detallado, argumentando con datos geotécnicos irrefutables que el terreno para el viaducto era inestable debido a una falla freática y cavidades kársticas.

Sugirió un desvío de varios kilómetros, más costoso pero seguro. Sus superiores, tras ver los «datos», aceptaron a regañadientes.

Nunca mencionó el relicario, las inscripciones o el tren fantasma. A veces, cuando pasa el AVE moderno y silencioso a varios kilómetros de Venta de Baños, Héctor mira por la ventana hacia la zona de las viejas vías. Y en las noches muy tranquilas, si presta mucha atención, cree escuchar el eco lejano de un silbato de vapor, un sonido que no pertenece a este tiempo, cruzando la llanura como un susurro de advertencia. El rey Recesvinto sigue vigilante, y su cruz, aún oculta, mantiene su misterio bajo el cruce de los caminos de Dios y de hierro.